

Viejos conflictos y nuevas perspectivas en el Medio Oriente después del 11 de septiembre*

Por *Alejandro SALGÓ***

LOS SUCESO DEL 11 DE SEPTIEMBRE del 2001 cambiaron por completo las prioridades de los Estados Unidos de Norteamérica en cuanto a sus objetivos en los diversos escenarios internacionales y las relaciones que existen con las potencias regionales del orbe. A partir de esa fecha la "lucha contra el terrorismo" se ha convertido en el concepto que moldea las relaciones internacionales de Washington, en el intento de un nuevo despliegue de fuerzas militares alrededor del mundo, parecido al que hizo durante los momentos más críticos de la Guerra Fría.

Es obvio que la zona más importante del mundo en términos geopolíticos, el Medio Oriente, también ha sido afectada por este nuevo orden en el rumbo de la seguridad internacional y por el dominio de la única superpotencia. Debido a la complejidad de la región, es necesario distinguir el proceso de transformación de las relaciones internacionales después del 11 de septiembre en los diferentes escenarios que conforman el Medio Oriente.

El conflicto palestino-israelí se ha visto modificado desde septiembre pasado ya que el proceso de paz y la directriz de ese modelo de negociaciones, que eran los Acuerdos de Oslo de 1993, han muerto. La llegada del partido Likud al poder en Israel, encabezado por uno de los líderes ultraderechistas de ese país, Ariel Sharon, ha encontrado una coyuntura ideal para su proyecto del establecimiento del "Gran Israel". La "lucha contra el terrorismo" se tiene que librar en todos los frentes de acuerdo con la nueva "Doctrina Bush", lo que le ha permitido al primer ministro israelí iniciar operaciones militares en contra de la Autoridad Nacional Palestina (ANP) en Cisjordania como no se había montado desde la Guerra de los Seis Días en 1967. La operación "Muralla Defensiva", que se inició el 29 de marzo del 2002, tuvo como objetivo militar la "destrucción de toda la infraestructura terrorista palestina", sin embargo el objetivo real fue la destrucción de todas las instituciones políticas y sociales de la ANP en un intento por someter al

* Ponencia presentada en el XXVII Coloquio Internacional de Primavera, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México

** Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM

pueblo palestino para que se acerque a una nueva ronda de negociaciones completamente mermado después de la ofensiva israelí. Israel ha querido demostrarle a los palestinos su determinación y su poderío militar para así tener el control político de los posibles acuerdos a los que se lleguen en el futuro.

La posición de Washington no es sencilla: por una parte, no puede reprender a su máximo aliado en la región, ya que simplemente sigue el ejemplo de la Casa Blanca al invadir Afganistán para derrocar al “régimen terrorista del Talibán”, además de que para la política estadounidense, los palestinos siempre han sido considerados como terroristas. Pero, por otra parte, los gobiernos árabes moderados de la región ven con desagrado el apoyo irrestricto que otorga Estados Unidos a Tel Aviv en lo que es considerado por la opinión pública mundial como un genocidio. Washington necesita del apoyo de estos gobiernos moderados (Egipto, Jordania, las monarquías petroleras de la Península Arábiga) por una serie de factores: 1) Evitar un sentimiento antinorteamericano generalizado que pueda obstaculizar su presencia en la región; 2) En caso de que algún día se puedan normalizar las relaciones entre Israel y el mundo árabe, estos países serán el puente necesario; 3) Mantener el abastecimiento constante de petróleo proveniente de la Península Arábiga, que es indispensable para el funcionamiento de su economía y la de sus aliados en el mundo industrializado; 4) En caso de intentar nuevas operaciones militares en el Medio Oriente o en el Asia Central, requieren el permiso de esos gobiernos para hacer uso de las bases militares, del espacio aéreo y de los puertos marítimos, medios esenciales para la ejecución de campañas militares que requieran la movilización de un gran número de efectivos.

Desde el inicio de la operación “Muralla Defensiva” los Estados Unidos hicieron leves críticas y tibias llamadas a un cese al fuego, en un intento por satisfacer a la opinión pública internacional que demanda una participación más imparcial de Washington en el conflicto. Pero nunca han cesado de descalificar la lucha palestina en contra de la ocupación israelí, justificando tácitamente la operación militar de Ariel Sharon. Permitieron que el primer ministro tuviera todo el tiempo necesario para cumplir con los objetivos de la campaña mientras los emisarios norteamericanos entablaban pláticas con los regímenes árabes moderados.

La situación en Palestina es la praxis de la “Doctrina Bush” que nació el 11 de septiembre del año 2001, bajo la cual todos los movimientos de liberación nacional, toda oposición a los regímenes imperialistas de Occidente y todos aquellos que pugnen por un proyecto

alterno a la globalización norteamericana han entrado en el difuso y maniqueo estereotipo del terrorismo. A partir de esta definición del nuevo enemigo de la "civilización", la resistencia palestina, que utiliza cualquier método en su lucha por la liberación nacional y en clara autodefensa ante el genocidio al que es sometida, ha sido catalogada como "terrorista". Sin embargo, el auténtico terrorismo de Estado practicado por Israel es premiado y aplaudido por un mundo que ha adoptado imágenes fabricadas por el aparato belicista norteamericano para justificar su gasto militar y la implantación de políticas fascistas tanto nacionales como internacionales en nombre de la seguridad. Este modelo de intervención fue repetido el 20 de junio de 2002, cuando una vez más las tropas israelíes decidieron ocupar indefinidamente los territorios "autónomos" de Palestina en su nueva misión por acabar con el "terrorismo". Mientras la Casa Blanca declara que Israel tiene un derecho legítimo a la autodefensa, Israel utiliza el pretexto del terrorismo, como si éste no fuera la consecuencia de más de cincuenta años de ocupación, expulsiones masivas y asesinatos, para anexarse Gaza y Cisjordania, que sería el siguiente paso en la perpetua expansión del Estado judío en el Medio Oriente. No obstante, no importa la cantidad de operaciones militares que Tel Aviv decida poner en marcha para castigar a los palestinos, no importa si ha decidido construir una muralla para hacer de toda Cisjordania un gigantesco campo de concentración: mientras la ocupación israelí continúe, los atentados en contra de objetivos israelíes seguirán. Ésta es la guerra de la desesperación del pueblo palestino en contra de la dominación sionista.

En cuanto a la aceptación ideológica, las estrategias, tácticas y métodos de combate característicos en la lucha de liberación palestina, también es posible señalar que se ha manifestado una clara transformación. Después del triunfo del Hezbollah en Líbano —el único movimiento armado que ha podido obligar a los israelíes a devolver territorio árabe sin negociaciones y sin condiciones— y ante la desesperación del pueblo palestino, que ha visto cómo se aleja la posibilidad de crear un Estado nacional propio, la ideología y los métodos de las organizaciones integristas islámicas armadas se han vuelto cada vez más populares. Hoy en día ya no se nutren de jóvenes marginados que veían en la militancia de movimientos como Hamas o el Yihad Islámico una posibilidad de contribuir a la lucha y la forma de dejarle un mejor futuro económico a sus familias (no hay que olvidar que las familias de los mártires de la guerra contra Israel recibían compensaciones económicas por parte de las organizaciones islamistas). En la actualidad hombres y mujeres con familias propias, algunos con

negocios prósperos y profesiones estables, se han volcado como voluntarios para morir en atentados suicidas contra blancos israelíes, lo que manifiesta la participación de un nuevo estrato social e intelectual como parte integral de la resistencia. Una innovación en cuanto a la ideología de los ataques suicidas es que ya no son privativos de movimientos religiosos, las "Brigadas de los Mártires de al-Aqsa", un brazo armado de la organización nacionalista al-Fatah de Yasser Arafat, ahora utiliza las mismas tácticas que los grupos religiosos en su lucha contra Israel.

Probablemente es en Palestina donde está más claramente definida la subjetividad de la "Doctrina Bush". Los movimientos de liberación tienen que seguir las pautas de la Casa Blanca, en caso contrario son etiquetados como terroristas y por consiguiente como una amenaza para la "civilización", definido este concepto en términos occidentales como el mundo del neoliberalismo y la globalización. El destino de esos movimientos y de la población que los apoya es su eliminación total por cualquier método, incluyendo el genocidio.

En otra zona de la misma región se encuentra la problemática que Washington supone que representa Saddam Hussein para la estabilidad global. Desde el informe a la nación que dirigió el presidente Bush al pueblo norteamericano, en el que señaló la existencia de un "eje del mal", compuesto por Irán, Iraq y Corea del Norte, han surgido grupos derechistas cercanos a la Casa Blanca que demandan eliminar la amenaza que representan estos tres países, comenzando por el mítico enemigo encarnado por Saddam Hussein. Sin embargo la situación no es tan fácil como derrocar a un régimen tan aislado como era el Talibán. Hoy en día Iraq goza de una nueva aproximación de su diplomacia con los países árabes, como quedó patente durante la última reunión de la Liga Árabe el 25 de marzo del 2002. Doce años de sanciones económicas en contra del pueblo iraquí han provocado que el mundo árabe cuestione los objetivos estadounidenses en la región y la necesidad de iniciar una nueva campaña militar de alta envergadura en contra de Bagdad. Por otra parte, los aliados en Europa también han puesto en tela de juicio el proyecto de comenzar un nuevo conflicto bélico en contra de Saddam Hussein. Este plan no es percibido como un asunto de seguridad mundial, ni siquiera parte de la "lucha contra el terrorismo", sino como una iniciativa norteamericana por obtener posiciones ventajosas en el Medio Oriente para cuestiones de su propia seguridad nacional y de control de reservas petroleras.

En este apartado sería conveniente analizar las consecuencias que acarrearía el derrocamiento de Saddam Hussein ya que este hecho

provocaría que el país caiga en manos de organizaciones integristas shíies que buscan hacer de Iraq una república islámica a imagen y semejanza de Irán. El gran aparato de seguridad del partido Ba'ath de Iraq ha desmantelado cualquier intento de oposición política dentro de las fronteras de ese país. La única fuerza que tiene la infraestructura, la legitimidad y la organización política para llenar el vacío de poder que se generaría en Iraq a partir de la caída de Hussein, es la oposición que representa el clero shíi y sus miles de seguidores. Este escenario es mucho más caótico para la estrategia geopolítica norteamericana que la continuidad de Saddam, ya que un ascenso al poder por parte de los integristas islámicos en Iraq significaría la expansión del Islam político con miras a extenderse hacia todos los países petroleros del Golfo Pérsico.

Esto es lo que más preocupa a la Casa Blanca, ya que la posibilidad de un triunfo integrista en Bagdad provocaría que los grupos islamistas locales de la Península Arábiga, que hoy en día ponen en tela de juicio la legitimidad de las monarquías petroleras y que conforman la oposición a esos regímenes, se levanten en contra de las casas dinásticas que se han sometido a la política militar y petrolera de los Estados Unidos desde hace varios decenios. Estos movimientos religiosos perciben en la relación tan estrecha que existe entre los monarcas actuales y los Estados Unidos, la oportunidad para que los valores culturales de Occidente penetren a las muy tradicionales sociedades de la Península Arábiga y minen la identidad religiosa y social de sus comunidades.

Este escenario es lo menos deseable para Washington, que considera el resguardo de las reservas petroleras del Golfo Pérsico (cerca de 650 mil millones de barriles), como una cuestión de seguridad nacional. Por esta razón son muy delicadas las intenciones que la Casa Blanca ha declarado con relación a Saddam Hussein. El presidente iraquí siempre ha mantenido un férreo control en su país que ha logrado mantener a los integristas (tanto shíies como sunníes) lejos de aspiraciones al poder, lo que también ha evitado que surja un "efecto dominó" en todos los países petroleros del Medio Oriente.

Por otra parte, otros conflictos renacerían a consecuencia de la inestabilidad detonada por la caída de Saddam, que podrían afectar a aliados tradicionales de los Estados Unidos, tal como es el caso de Turquía. Este país ve en la caída de Hussein una invitación a que la población kurda de Iraq inicie levantamientos en el seno de la comunidad kurda que vive dentro de las fronteras turcas. Esta situación podría desestabilizar al régimen de Ankara, que no ha podido detener los sentimientos independentistas de esta minoría.

El otro miembro del “eje del mal” en la región es la República Islámica de Irán, país que desde 1979 ha tenido una política de antagonismo total con Washington. Sin embargo, hoy en día Irán ha establecido lazos de cooperación y amistad con los países de la Península Arábiga, que ven en la fortaleza de Teherán un contrapeso a la carrera armamentista que Iraq puede desarrollar en periodos relativamente cortos. Un ataque por parte de Estados Unidos puede, una vez más, desestabilizar a toda la región, sobre todo porque un ataque hacia la nación persa, que es 95% shií, puede ser el catalizador de levantamientos de las minorías shiíes en todas las monarquías petroleras, que históricamente representan los sectores más marginados de la sociedad y que mantienen lazos políticos con Teherán. Es importante hacer hincapié en el hecho de que Irán ha aprendido de las lecciones que han dejado tanto la Guerra del Golfo como la última intervención norteamericana en Afganistán. Por una parte la sociedad iraní está preparada para movilizar a un importante sector de la población civil para iniciar células de resistencia armada en su modalidad de guerra de guerrillas, tal como se hizo en contra de las fuerzas iraquíes en la guerra Irán-Iraq, confrontación en la que la nación persa tenía menos armamento y era menos sofisticado que el de sus vecinos árabes. Por otra parte, a diferencia de lo que aconteció en Afganistán, en Irán no hay grupos armados disidentes que apoyen al invasor en caso de que estallara una conflagración en la que participara Estados Unidos. En cuanto a la modernización de su arsenal, en los últimos tres años Teherán se ha convertido en el tercer comprador de armas rusas, para lo que destina un presupuesto de 7 mil millones de dólares anuales, lo que significaría enfrentarse a un ejército más sofisticado que el Talibán.

La “Doctrina Bush” ha sido aceptada en gran parte del mundo, en algunos lugares por convicción, en otros por el interés que representa continuar con la alianza con Washington y en otros para no ser catalogados como colaboracionistas con las organizaciones terroristas. Sin embargo, es necesario analizar cabalmente cuántas naciones verdaderamente acompañarían a Estados Unidos en su Cruzada contra el terrorismo, cuando ésta representa comprometer recursos y personal en misiones militares que solamente benefician a las grandes transnacionales norteamericanas. De los países del Medio Oriente, cuántos, además de Israel, están dispuestos a sumarse a los designios de Bush a costa de su propia supervivencia política. Es importante no perder de vista el hecho de que la presencia norteamericana en las monarquías petroleras del Golfo, con la salvedad de Kuwait, ha sido un punto de partida para que la oposición político-religiosa, desde la

clandestinidad, pugne por un cambio de régimen. Las relaciones estrechas con Washington, la presencia física de soldados norteamericanos y el descenso en los niveles de vida de esos países son los motivos que han llevado a que grupos islamistas cuestionen la legitimidad de las casas reales locales.

La Casa Blanca se encuentra con un panorama muy distinto al de 1991 y al de 2001, hoy no hay consenso sobre la necesidad de iniciar nuevas campañas militares, ni entre sus aliados “moderados” de la región, ni entre una Europa que se opone a seguir fielmente los pasos imperiales de los Estados Unidos. Sin embargo, no hay que perder de vista que cuando los países del Medio Oriente cuestionaban la presencia norteamericana en la región sucedieron muy convenientemente los hechos del 11 de septiembre, que han permitido a Estados Unidos obtener mejores posiciones geopolíticas y militares a consecuencia de su “guerra contra el terrorismo” que en cualquier otro momento de la historia. Si fuera necesario, Washington podría proponer la disyuntiva a sus aliados reticentes de que en caso de no apoyar una campaña militar norteamericana, entonces significa que apoyan a los terroristas. Hoy en día, quedan dos caminos en el escenario político internacional en general y en el escenario regional del Medio Oriente de manera especial: seguir las políticas militares estadounidenses y unirse a la globalización financiera mundial, o ser terrorista.